

EL CASTIGO QUE ME CONVIRTIÓ EN BIBLIOTECARIA

Ana Suely Pinho López*

Mi misión de ser bibliotecaria nació de un castigo.

Esa experiencia traumática me dio la ocasión de amar a los libros, de apreciar la lectura, de contribuir con la sociedad y de elegir una de las profesiones más nobles, convirtiéndome además en una activista cultural. A los siete años de edad, en Madalena, pequeña ciudad del interior del estado de Ceará, mi padre no estaba en condiciones de comprarme una “farda de gala” para desfilas el Día de la Independencia, el domingo 7 de septiembre. Por decisión de la dirección del colegio, la pupila que no portara uniforme nuevo, no podría desfilas y se sometería a un castigo.

La semana siguiente de haberse realizado el desfile, mis hermanas y yo, una niña de solamente siete años de edad, nos vimos conminadas a purgar la pena para pagar nuestro “crimen”. El castigo consistía en permanecer durante una semana, la hora de recreo, en la biblioteca, que era la única sala disponible para recibir a las “pupilas que incumplían sus deberes”. La biblioteca era vista en esa época como el lugar indicado para purgar penas y castigos. ¡Castigo, en lugar de ser vista como instrumento de liberación, de independencia, pues el libro, y por tanto la lectura, libera, informa, transforma y concientiza!

Mis hermanas y yo, estuvimos en la biblioteca, sin probar bocado, encarceladas por una semana. En ese momento decidí buscar alimento espiritual. Recuerdo, como si fuera hoy, que pedí a la profesora que nos vigilaba, muy tímidamente permiso para elegir un libro para leer y aprovechar aquella humillante y al mismo tiempo decisiva hora de castigo. Recuerdo que había dos profesores que miraban con curiosidad a los castigados.

Felizmente conseguí la autorización y elegí el libro “Alicia en el país de las maravillas”. Era el primer libro que pude revisar y leer en mi corta existencia.



Creo que fue en ese momento que decidí ser bibliotecaria. Con el tiempo me doy cuenta que una de las frustraciones más grandes de los bibliotecarios es no poder leer todos los libros que pasan por nuestras manos para el procesamiento técnico y solo podemos realizar una lectura técnica, somera, como aquella vez, ya lejana en el tiempo. Leí y me encantó la historia y toda esa semana me sentí una persona especial, diferente y consciente que había tenido el mejor castigo de mi vida.

Comencé a amar los libros, las bibliotecas y agradecí por el severo “castigo” que me infligieron pues me permitió leer un libro, hecho que se convirtió luego en un hábito de lectura, de atrapar conocimiento y una manía para coexistir con los libros.

Agradezco al Padre Vital, director de ese colegio por ser autor del castigo, perdono la severidad de aquella profesora pues me permitió leer ese libro, que me ayudó a definir mi profesión y me introdujo al mundo de la conciencia, de la libertad y del saber. Recuerdo con cariño a mis queridos padres, que habían sacrificado sabiamente sus vidas para dejarnos el tesoro más grande: ¡adquirir conocimiento a través del estudio!

* Bibliotecaria brasilera